

cobra las fuerzas que perdió el vencido. Esto se verifica mas en la cruel y continua lucha con los demonios, que si le vencen las almas, quedan ellas fuertes, y él queda debilitado; como sucedió cuando lo venció mi Hijo, y yo despues. Mas si esta serpiente se reconoce victoriosa contra los hombres, entonces levanta la cabeza de su soberbia, y convalece de su flaqueza cobrando nuevos brios y mayor imperio, como le tiene hoy en el mundo; porque los amadores de su vanidad se le han sujetado, siguiéndola debajo de su bandera y falsas fabulaciones. Con este daño ha dilatado el infierno su boca, y cuanto mas engulle y traga, es mas insaciable su hambre, anhelando á sepultar en las cavernas infernales todo el resto de los hombres.

154. Teme, ó carísima, teme este peligro como lo conoces, y vive en continuo desvelo para no abrir puerta en tu corazon á los engaños de esta cruentísima bestia. El escarmiento tienes en Ananías y Safira, que por haberles conocido la inclinacion y codicia del dinero, entró el demonio en sus almas, y los asalteó por aquel portillo. No quiero que tú apetezcas cosa alguna de la vida mortal; y de tal manera quiero que reprimas y extingas en tí todas las pasiones y inclinaciones de la flaca naturaleza, que ni los mismos espíritus malignos puedan rastrear en tí con todo su desvelo algun movimiento desordenado de soberbia, codicia, vanidad, ira, ni otra pasion alguna. Esta es la ciencia de los Santos, y sin la que nadie vive seguro en carne mortal; por cuya ignorancia perecen innumerables almas. Apréndela tú con diligencia, y enséñala á tus religiosas, para que cada una sea vigilante centinela de sí misma. Con esto vivirán en paz y caridad verdadera, y no fingida, y cada una y todas juntas, unidas en la quietud y tranquilidad del divino Espiritu, y guardadas con el ejercicio de todas las virtudes, serán un castillo incontrastable para los enemigos. Acuérdate, y tráeles á la memoria á las religiosas el castigo de Ananías y Safira, exhortalas á que sean muy observantes de su Regla y Constituciones, que con esto merecerán mi proteccion y especialísimo amparo.

CAPÍTULO X.

Los favores que María santísima por medios de sus Ángeles hacia á los Apóstoles, la salvacion que alcanzó á una mujer en la hora de la muerte, y otros sucesos de algunos que se condenaron.

Crecia la solicitud de María al paso que se aumentaba la Iglesia. — Cuidaba de los Apóstoles con especial vigilancia. — No se pasó día ni hora en que no obrase con los fieles alguna ó muchas maravillas. — Oficios que hacia María con los Apóstoles. — Hacian en este tiempo los Apóstoles algunas salidas de Jerusalem. — Persecuciones que armaba el demonio contra los Apóstoles en estas salidas. — Parecíale los podia embestir con mayor confianza en ausencia de la Madre de Dios. — Socorros que les enviaba la Virgen por sus santos Ángeles. — Forma en que los Ángeles de María les socorrian y alentaban. — La mas frecuente era en cuerpos visibles y refulgentes. — Socorros con que favorecia á todos los demás fieles. — Curaba milagrosamente á muchos. — Servia por su persona, y regalaba á los que no convenia curar. — Ningun obsequio negaba á sus hijos los fieles. — Favorecia ocultamente á los ausentes por sus Ángeles. — Ayudaba á los que estaban á la hora de la muerte. — Satisfacia por los que iban al purgatorio, y luego enviaba un Ángel que los sacase dél. — Caso maravilloso de una mujer á quien libró la Madre de Dios del demonio en la hora de la muerte. — Principio de su caída. — Medio por donde el demonio la apartó del camino de su remedio. — Era devota de la Madre de Dios. — Procuró el demonio que la aborreciese. — Auxilios que la dió el Señor por medio de un discípulo. — Dureza de la mujer engañada. — Amonestóla san Juan y se resistió con pertinacia. — Lamento y oracion que hizo María por ella, conociendo su infeliz estado y peligro. — No respondió el Señor á esta oracion de su Madre, y por qué. — Perseverancia de la caridad de María. — Envió un Ángel que defendiese á la enferma de los demonios, y la exhortase con santas inspiraciones. — Respuesta del Ángel no habiendo podido reducirla, en que se ve el formidable estado á que puede venir una alma por su culpa. — Oracion que hizo de nuevo por ella la Madre de Dios. — No la respondió el Señor para que se mostrase mas su caridad. — Determinó ir en persona á remediarla. — Lleváronla los Ángeles por mandado del Señor. — Huyeron á su presencia los demonios, y con su imperio los arrojó al profundo. — Piedad benignísima con que comenzó á reducir á la engañada enferma. — Declaróla el engaño del demonio. — Palabras con que la convirtió. — Penitencia de la enferma. — Como la dispuso María para morir, haciéndola recibir los Sacramentos. — Dichosa muerte de la mujer convertida en manos de la Madre de Dios. — Fueron tantos los auxilios que la alcanzó María, que salió su alma libre de culpa y de pena. — Gracias que dió María al Señor por la salvacion de esta alma. — Fin á que ordenó el Señor este suceso. — Cuánto aprovecha á las almas el amor y devocion á la Madre de Dios. — Suceso ejemplar de dos de los convertidos que se condenaron. — Medio por donde el demonio hace sus presas en los fieles. — El deseo ambicioso de la gracia de los principes fue el precipio de la caída de estos dos condenados. — Forma con que el demonio los perdió por medio de esta in-

clinacion viciosa. — Apostataron de la fe por no caer en desgracia de sus temporales valedores. — Sentimiento de los Apóstoles por esta ruina. — Acordaron dar cuenta á la Madre de Dios. — No disimuló María el dolor, y razones por que convino que lo manifestase. — Hizo oracion por los dos apóstatas derramando lágrimas de sangre por ellos. — Respuesta del Señor declarándola sus justos juicios. — Permite Dios que algunos estén separados de la Iglesia, porque no inficionen á otros con su trato. — Providencia divina de que entren predestinados y réprobos en la Iglesia. — Dilatóse el corazon de María conociendo la equidad de la Justicia divina. — Sola María entre las criaturas pesó dignamente lo que monta la perdicion de una alma, y tuvo el dolor correspondiente. — Declárase su ponderacion y dolor con el estado que tenia entonces la Virgen. — Palabras temerosas con que se lamentaba de la condenacion de las almas. — Reservó para sí el secreto de la reprobacion de los dos apóstatas. — Pregunta san Juan á María la causa de su dolor admirado de su tristeza. — Misteriosa respuesta de María. — Razones con que enseñó á Juan la Madre de Dios el sentimiento que se debe hacer de la condenacion de las almas. — Lástima de que se pierdan las almas porque ellas se quieren perder, deseando Dios que se salvasen todas. — Del dolor que tuvo María de la condenacion de las almas ajenas, se ha de inferir lo que debe hacer cada uno por no perder la propia. — Exhortacion á trabajar constantemente por la salud eterna de las almas de los prójimos. — Cuán agradable es á Dios este trabajo. — Cuánto mas se debe trabajar por la salud de la alma propia. — Motivos especiales para el cuidado de no cometer culpas la discípula.

155. Como la nueva ley de gracia se iba dilatando en Jerusalem, crecia cada dia el número de los fieles, y se aumentaba la nueva Iglesia del Evangelio ¹, y al mismo paso crecia tambien la solicitud y atencion de su gran Reina y Maestra María santísima con los nuevos hijos que los Apóstoles engendraban en Cristo nuestro Señor con su predicacion ². Y como ellos eran los fundamentos de la Iglesia ³, en quienes como en piedras firmísimas habia de estribar la firmeza de este admirable edificio; por esto la prudentísima Madre y Señora cuidaba del colegio apostólico con especial vigilancia. Y toda esta divina atencion se le aumentaba conociendo la indignacion de Lucifer contra los seguidores de Cristo, y mayor contra los sagrados Apóstoles, como ministros de la salud eterna de los otros fieles. Nunca será posible en esta vida decir, ni alcanzar á conocer los oficios, los favores y beneficios que hizo á todo el cuerpo de la Iglesia, y á cada uno de sus miembros místicos, en particular á los Apóstoles y discípulos; porque, segun lo que se me ha dado á entender, no se pasó dia ni hora en que no obrase con ellos alguna ó muchas maravillas. Diré en este capitulo algunos sucesos que son de gran-

¹ Act. v, 14. — ² I Cor. iv, 15. — ³ Ephes. ii, 20.

de enseñanza para nosotros, por los secretos que contienen de la oculta providencia del Altísimo. De ellos se puede colegir cuál sería la vigilantísima caridad y celo de las almas que María santísima tenia con ellas.

156. Á todos los Apóstoles amaba y servia con increíble afecto y veneracion, así por su extremada santidad, como por la dignidad de sacerdotes, y ministerio de fundadores y predicadores del Evangelio. Cuando estuvieron juntos en Jerusalem los servia, asistia, aconsejaba y gobernaba, como arriba queda dicho ¹. Con el aumento de la Iglesia fue necesario que luego comenzasen á salir de Jerusalem para bautizar y admitir á la fe á muchos que de los lugares circunvecinos se convertian, aunque luego volvian á la ciudad; porque de intento no se habian repartido ni despedido de Jerusalem, hasta que tuvieron orden para hacerlo. De los Actos apostólicos consta que san Pedro salió á Lidia y á Jopen, donde resucitó á Tabita ², y hizo otros milagros y volvió á Jerusalem. Aunque estas salidas las cuenta san Lucas despues de la muerte de san Estéban (de que hablaré en el capitulo siguiente), mas en el tiempo que pasó hasta que sucedió todo esto se convirtieron muchos de Palestina, y fue necesario que los Apóstoles saliesen á predicarles y confirmarlos en la fe, y volvian á Jerusalem á dar cuenta de todo á su divina Maestra.

157. En todas estas jornadas y predicaciones procuraba el comun enemigo impedir la palabra divina, ó el fruto de ella, moviendo muchas contradicciones y alteraciones de los incrédulos contra los Apóstoles, y sus oyentes y convertidos. Y en estas persecuciones padecian cada dia grandes molestias y sobresaltos; porque le pareció al dragon infernal podia embestirles con mayor confianza, hallándolos ausentes y léjos del amparo de su Protectora y Maestra. Tan formidable era para el infierno esta gran Reina de los Ángeles, que con ser tan eminente la santidad de los Apóstoles, con todo eso le parecia á Lucifer que sin María los cogia desarmados y á su salvo, para acometerles y tentarlos. Tal es tambien la soberbia y furor de este dragon, que al mas duro acero (como está escrito en Job ³) lo reputó por una pajuela flaca, y al bronce como si fuera un podrido leño. No teme las flechas ni la honda; pero teme tanto á María santísima, que para tentar á los Apóstoles aguarda que estén ausentes de este amparo.

¹ Supr. n. 89, 92, 102. — ² Act. ix, 38, 40.

³ Job, xii, 18, 19.

158. Mas no por esto les faltó; porque la gran Señora desde la atalaya de su altísima sabiduría alcanzaba á todas partes; y como vigilantísima centinela descubria las asechanzas de Lucifer, y acudía al socorro de sus hijos y ministros del Señor. Y cuando por estar ausentes los Apóstoles no los podia hablar, enviaba luego que los conocía afligidos á sus santos Ángeles que la asistian, para que los consolasen, animasen y los previniesen; y algunas veces ahuyentasen á los demonios que los perseguian. Todo esto ejecutaban los espíritus celestiales con prontitud, como su Reina lo ordenaba. Y unas veces lo hacian ocultamente por inspiraciones y consolaciones interiores que daban á los Apóstoles; otras veces, y mas de ordinario, se les manifestaban visibles en cuerpo, refulgentes y hermosísimos, y hablaban con los Apóstoles todo lo que convenia, ó su Maestra les queria advertir. Y este modo era frecuente por la santidad y pureza de los Apóstoles, y por la necesidad que entonces habia de favorecerles con tanta abundancia de consuelo y esfuerzo. Nunca tuvieron aprieto ni trabajo en que la amantísima Madre no les socorriese por estos modos, á mas de las continuas oraciones, peticiones y hacimientos de gracias que por ellos ofrecia. Era la mujer fuerte, cuyos domésticos estaban socorridos con dobladas vestiduras; y la madre de familias que á todos los proveia de alimento, y con el fruto de sus manos plantaba la viña del Señor ¹.

159. Con todos los otros fieles tenia el mismo cuidado respectivamente; y aunque eran muchos en Jerusalem y en Palestina, de todos tenia noticia y conocimiento, para favorecerlos en sus necesidades y tribulaciones. Y no solo atendia á las de las almas, sino tambien á las corporales, fuera de los muchos que curaba de gravísimas enfermedades. Á otros que conocía no era conveniente darles salud milagrosamente, á estos los servia en muchas cosas por su misma persona, visitándolos y regalándolos; y de los mas pobres cuidaba mas, y muchas veces por su mano les daba de comer, hacia las camas en que estaban, atendia á su limpieza como si fuera sierva de cada uno, y con el enfermo estuviera enferma. Tanta era la humildad, la caridad y solicitud de la gran Reina del mundo, que ningun oficio, ni obsequio ó ministerio negaba á sus hijos los fieles, ni por ínfimos y humildes los despreciaba, como fuesen para consuelo suyo. Llenaba á todos de gozo y consolacion suavísima en sus trabajos, con que se les hacian fáciles. Y á los que por estar lejos no podia acudir personalmente, los favorecia por medio de los

¹ Prov. xxxi, 21, 15, 16.

Ángeles ocultamente; ó con oraciones y peticiones les alcanzaba interiores beneficios y otros socorros.

160. Singularmente se señalaba su maternal piedad con los que estaban á la hora de la muerte, y morian; porque á muchos asistia en aquel último conflicto, y los ayudaba en él hasta dejarlos en estado de seguridad eterna. Por los que iban al purgatorio hacia fervorosas peticiones y algunas obras penales, como postraciones en cruz, genuflexiones, y otros ejercicios con que satisfacía por ellos. Luego despachaba á alguno de sus Ángeles para que sacase del purgatorio aquellas almas por quien habia satisfecho, y las llevase al cielo, y en su nombre las presentase á su Hijo santísimo como hacienda propia del mismo Señor, y fruto de su sangre y redencion. Esta felicidad alcanzó á muchas almas en el tiempo que la Señora del cielo era moradora en la tierra. Y no entiendo se les niega ahora á las que se disponen en su vida, para merecer su presencia en la muerte, como en otra parte dejo escrito ¹. Mas porque seria necesario extender mucho esta Historia, si hubiera de referir los beneficios que hizo María santísima en la hora de la muerte á muchos que ayudó en ella, no puedo detenerme en esto; mas diré un suceso que tuvo con una doncella á quien libró de la boca del dragon infernal: por ser tan raro y digno de advertencia para todos, no es justo negársele á esta Historia ni á nuestra enseñanza.

161. Sucedió, pues, en Jerusalem, que una doncella de padres humildes y poco abundantes de hacienda se convirtió entre los cinco mil que primero recibieron el Bautismo. Esta pobrecilla mujer, acudiendo á los ministerios de su casa, enfermó, y le duró por muchos dias la dolencia, sin mejorar en la salud. Con esta ocasion, como suele suceder á otras almas, se fué resfriando en el primer fervor, y se descuidó en cometer algunas culpas, con que pudo perder la gracia bautismal. Lucifer, que no se descuidaba, sediento de tragar alguna de aquellas almas, acudió á esta y la embistió con suma crueldad, permitiéndolo así Dios para mayor gloria suya y de su Madre santísima. Aparecióle el demonio á la doncella en forma de otra mujer para engañarla mejor, y dijola con halagos se retirase mucho de aquella gente que predicaba al Crucificado, y no les diese crédito en cuanto le decian, porque la engañaban en todo; y que si no lo hacia la castigarían los sacerdotes y jueces, como habian crucificado al Maestro de aquella ley nueva y engañosa que le habian enseñado á ella; y con este remedio estaria buena, y despues viviria

¹ Part. II, n. 929.

contenta y sin peligro. Respondióle la doncella: Yo haré lo que me dices; mas aquella Señora que he visto con estos hombres y mujeres, y parece tan linda y apacible, ¿qué tengo de hacer con ella? porque la quiero mucho. Replicóla el demonio: Esa que tú dices es peor que todos, y ella es la primera á quien has de aborrecer, y retirarte de sus engaños, y esto es lo que mas te importa.

162. Con este mortal veneno de la antigua serpiente quedó inficionada la alma de aquella simplecilla paloma, y en vez de mejorar en la salud del cuerpo, se le fué agravando la enfermedad, y acercándose á la muerte natural y eterna. Uno de los setenta y dos discípulos que andaba visitando á los fieles tuvo noticia de la grave enfermedad de aquella mujer; porque un vecino de su casa le dijo que allí estaba una mujer de los de su secta muy cerca de espirar. Entró á verla y animarla con razones santas, y á reconocer su necesidad. Pero la enferma estaba tan oprimida de los demonios, que ni le admitió, ni habló palabra, aunque la exhortó y predicó grande rato; antes se retiraba y cubria para no oírle. Reconoció el discípulo por aquellas señales la perdicion de la enferma, aunque ignoraba la causa; y con grande presteza fué á dar cuenta de aquel daño al apóstol san Juan, el cual sin detenerse acudió luego á visitar á la doncella, y la amonestó y habló palabras de vida eterna, si las quisiera admitir. Pero sucedióle lo mismo que al discípulo, porque á entrambos resistió con pertinacia. El Apóstol vió muchas legiones de demonios que tenían rodeada á la enferma; porque llegando él se retiraron; mas no cesaban de forcejar para volver luego á renovar las ilusiones de que la miserable mujer estaba llena.

163. Y reconociendo su dureza el Apóstol, se fué muy afligido á dar noticia de ello á Maria santísima, y pedirla el remedio. Convirtió luego la gran Reina su vista interior á la enferma, y conoció el infeliz y peligroso estado de aquella alma, y como el enemigo la habia puesto en él. Lamentóse la piadosa Madre sobre aquella simple ovejuela, engañada del infernal y sangriento lobo; y postrada en tierra oró y pidió el rescate de la misera doncella. Mas el Señor no respondió palabra á esta peticion de su Madre santísima; no porque sus ruegos no le fuesen agradables, antes por eso mismo, y por oír mas sus clamores, se hizo sordo; y para enseñarnos también cuál era la caridad y prudencia de la gran Maestra y Madre en las ocasiones que era necesario usar de ellas. Dejóla el Señor para esto en el estado comun y ordinario que la gran Señora tenia, sin añadirle nueva ilustracion en lo que pedia. Mas no por esto desistió, ni

se entibió su caridad ardentísima, como quien conocia que no por el silencio del Señor habia de faltar ella á su oficio de madre, mientras no sabia expresamente la voluntad divina. Con esta prudencia se gobernó en aquel suceso, y luego ordenó á uno de sus santos Angeles fuese á remediar aquella alma, y la defendiese de los demonios, y exhortase con santas inspiraciones, para que se apartase de sus engaños y se convirtiese á Dios. Hizo el Ángel esta embajada con la presteza que saben obedecer á la voluntad del Altísimo; mas tampoco pudo reducir aquella obstinada mujer con las diligencias que como Ángel pudo hacer, y de hecho hizo, para desengañarla. Á tal estado como este puede venir una alma que se entrega al demonio.

164. Volvió el santo Ángel á su Reina, y le dijo: *Señora mia, vengo de ayudar á aquella doncella en el peligro de su condenacion, como Vos, Madre de misericordia, me lo ordenásteis; pero su dureza es tanta, que ni admite ni escucha las inspiraciones santas, que le he dado. He altercado con los demonios para defenderla de ellos, y se resisten, alegando el derecho que aquella alma de su voluntad les ha dado, en que libremente persevera. El poder de la divina justicia no ha concurrido conmigo como yo deseaba, obedeciendo vuestra voluntad; y no puedo, Señora mia, daros el consuelo que deseais.* Afligióse mucho la piadosa Madre con esta respuesta; mas como ella era la Madre del amor, de la ciencia y de la santa esperanza ¹, no pudo perder lo que á todos nos mereció y enseñó. Retirándose de nuevo á pedir el remedio de aquella alma engañada, se postró en tierra, y dijo: *Señor mio y Dios de misericordias, aquí está este vil gusanillo de la tierra; castigadme y afligidme á mí, y no vea yo que esta alma señalada con las primicias de vuestra sangre, y engañada por la serpiente, quede por despojos de su maldad, y del odio que tiene contra vuestros fieles.*

165. Perseveró María santísima un rato en esta peticion, pero tampoco la respondió el Señor, para probar su invicto corazon y caridad con los prójimos. Consideró la prudentísima Virgen lo que sucedió al profeta Eliseo ² para resucitar al hijo de la Sunamitis su hospedera, que no bastó á darle vida el báculo del Profeta que le aplicó Giezi su discípulo, y fue necesario llegase en persona el mismo Eliseo, y tocase el difunto, y se midiese y ajustase con él, con que le restituyó la vida. No fueron poderosos el Ángel ni el Apóstol para resucitar del pecado y engaño de Satanás á aquella mise-

¹ Eccli. xxiv, 24. — ² IV Reg. iv, 34.